

BRONCES ORIENTALIZANTES CONSERVADOS EN EL MUSEO HISTÓRICO- MUNICIPAL DE VILLAMARTÍN (CÁDIZ)¹

Juan Antonio Martín Ruiz

Juan Ramón García Carretero

Arqueólogos

Resumen:

Estudiamos una serie de piezas de bronce conservados en el Museo Histórico-Municipal de Villamartín procedentes de una necrópolis cuya ubicación exacta se desconoce, pero que posiblemente se localice en algún punto de este término municipal. Todas ellas pueden fecharse en época tartésica, en especial en su fase Orientalizante, aportando información sobre un ámbito funerario poco conocido en esta zona.

Palabras clave: bronce, tartésico, Orientalizante, necrópolis.

Abstract:

We analyse a series of bronze pieces preserved in the Villamartín Historical Municipal Museum coming from a necropolis whose exact location is unknown, but is likely to be placed anywhere within this municipal area. All of them can be dated in Tartesian times, especially in the Orientalizing period. These bronze items provide information about funerary practices scarcely found in this area.

Key words: bronze, Tartesian, Orientalizing, necropolis.

INTRODUCCIÓN.

¹ Artículo recibido el 18-11-2010 y aceptado el 20-1-2011

Abordamos en este artículo el estudio de una interesante colección de objetos de bronce que pueden contemplarse en una de las vitrinas del Museo Histórico-Municipal de Villamartín (Cádiz), gracias al amable ofrecimiento que en este sentido nos hizo su director D. José María Gutiérrez. Estos materiales metálicos, que fueron donados a dicho Museo, proceden de una necrópolis de época tartésica cuya localización sigue siendo desconocida, si bien es muy posible que procedan del propio término de Villamartín, aun cuando con la información existente resulta imposible discernir si todos los artefactos proceden de distintas sepulturas o bien fueron hallados en una misma tumba.

A pesar de la falta de un contexto preciso con el que relacionarlos, cuestión que sin duda dificulta su ubicación temporal y complica su interpretación, no por ello su estudio deja de mostrar un indudable interés por cuanto nos advierte de la existencia de una necrópolis perteneciente a una fase de la que no conocemos sepulturas en esta zona, extremo que podemos hacer extensivo a toda el área oriental de la provincia de Cádiz, así como a la franja occidental de la de Málaga, donde apenas tenemos algunas vagas referencias sobre unos cuantos materiales pertenecientes a una tumba en Ronda, y que resulta ser la más cercana a la zona que ahora nos ocupa.

Así mismo, algunos de estos objetos resultan novedosos bien por aparecer por vez primera en un ámbito funerario, como sucede con la punta de flecha de tipología oriental, o por ser muy escaso el número de representaciones documentadas hasta el momento, caso de la cabeza de cierva que pudo formar parte de una pequeña escultura exenta.

LOS BRONCES ORIENTALIZANTES.

En total se trata de 12 objetos de bronce, unos completos y otros fragmentados, con los que hemos establecido tres grupos según la funcionalidad que pudieron tener, como son el armamento, los objetos de adorno personal y aquellos otros que creemos pueden vincularse con prácticas de carácter ritual. Cubiertos todos ellos por una pátina verdosa, presentan en términos generales un buen estado de conservación.

Armamento.

Pieza núm. 1. Punta de lanza (fig. 1).

Punta de lanza completa con hoja de forma lanceolada, la cual presenta un nervio central circular que disminuye su grosor a medida que se acerca al final de la punta, con un empuñamiento de tubo largo. En el momento de su hallazgo parece ser que debió estar doblada, si bien fue enderezada con posterioridad.

Longitud: 178 mm., ancho hoja: 36 mm.; grosor hoja: 2 mm.; grosor nervio: 14 mm., diámetro máximo empuñamiento: 25 mm., grosor empuñamiento: 3,5 mm.



Fig.1- Punta de lanza. Vistas superior e inferior

Pieza núm. 2. Punta de lanza (fig. 2).

Hoja de características similares a la anterior aunque de tendencia amigdaloides, y fragmentada en tres partes faltando el extremo de la hoja. Posee igualmente un nervio central circular que disminuye al alejarse del talón, en tanto el tubo de empuñamiento es más largo que en el caso anterior. Al igual que acontece con la punta precedente, ésta debió aparecer doblada, siendo en el instante en que fue enderezada cuando se fracturó.

Longitud total: 178 mm.; ancho hoja: 34 mm.; grosor hoja: 2 mm.; grosor nervio: 8 mm.; diámetro máximo empuñamiento: 21 mm.; grosor empuñamiento: 3 mm.

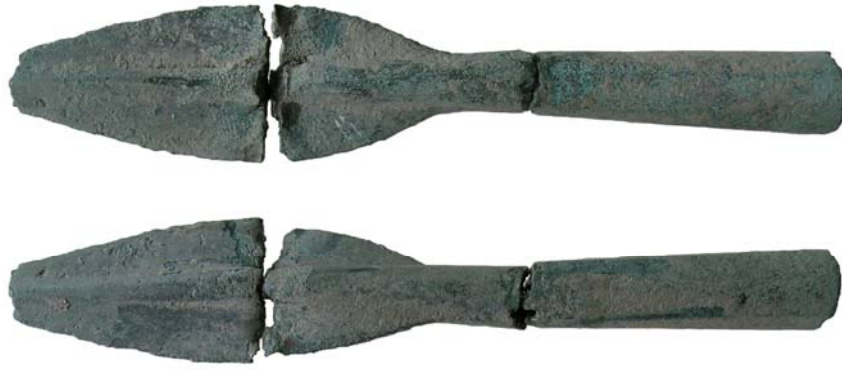


Fig.2- Punta de lanza. Vistas superior e inferior

En ambos casos se trata de un tipo que está ya presente en la península Ibérica desde el Bronce Final III, como evidencia el depósito de la Ría de Huelva, datable entre los siglos X-VIII a. C. (Ruiz-Gálvez, 1995: 81-83), si bien la aparición de moldes para fundir estas puntas en el yacimiento portugués de Baioes nos habla de una metalurgia de influjo atlántico pero de elaboración peninsular (Ruiz-Gálvez, 1993: 50-52). Sin embargo, este tipo de puntas de lanza arrojadizas con nervio central perdura, aunque con modificaciones que afectan sobre todo a un aumento en el tamaño y longitud de la hoja, hasta bien entrada la Edad del Hierro, según vemos en una de las sepulturas descubiertas en Cástulo (Blanco, 1963: 56), alcanzando la época ibérica como ponen de manifiesto los soliferras ibéricos (Quesada, 1993: 165), extremo que podemos ejemplificar en las puntas de lanza halladas en las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía, las cuales cabe situar entre los siglos V-IV a. C. (García-Gelabert, Blázquez, 1994: 108-110). En consecuencia, y a tenor de lo expuesto, cabe atribuirle a estas puntas de lanza un marco cronológico muy amplio comprendido entre las dos referencias temporales que acabamos de mencionar.

Aunque no en alto número, lo cierto es que es posible encontrar puntas de lanza en diversas necrópolis tartésicas, la mayor parte de ellas realizadas en hierro, aunque también están presentes algunos ejemplares bronceos como los de Acebuchal o Cruz del Negro (Torres, 1999: 76 y 84).

Pieza núm. 3. Punta de flecha (fig. 3).

Punta de flecha perteneciente al denominado tipo Macalón, aunque también puede encontrarse en la bibliografía sobre el tema con nombres como “anzuelo y doble filo”, “de arpón” o “à barbillon”. Adscribible al tipo 1.a de E. Ferrer (1994: 56), está casi completa, pues tan sólo le faltan el arpón lateral y una pequeña parte de uno de sus filos, mostrando un pequeño orificio en su enmangue.

Longitud: 42 mm., ancho hoja: 8 mm.; diámetro enmangue: 6 mm.



Fig.3- Punta de flecha. Vistas superior e inferior

Hasta el presente la aparición de estas puntas de flecha en el registro arqueológico funerario es realmente escasa, pues no tenemos constancia de la presencia de ninguna de estas flechas en tumbas tartésicas, como podemos constatar en los mapas de distribución de este tipo de artefactos en la península Ibérica (Ferrer, 1994: 55). Ciertamente en la necrópolis de Setefilla se han recuperado algunos ejemplares en los túmulos A (Aubet, 1975: 151) y F (Bonsor, Thouvenot, 1928: 17), pero que pertenecen a una tradición diferente heredera directa de la Edad del Bronce, al mostrar forma triangular con aletas desarrolladas a ambos lados y pedúnculo (Kaiser, 2003: 80-81), algo similar a lo que acontece con las descubiertas en Acebuchal, posiblemente pertenecientes al tipo Palmela pues su representación gráfica es muy defectuosa (Sánchez, 1994: 164).

A tenor de diversos hallazgos efectuados cabe fechar esta punta de flecha entre los siglos VII-VI a. C., siendo más abundantes en esta última centuria (Ferrer, 1994: 49-50)

Objetos de adorno personal.

Pieza núm. 4. Broche de cinturón de garfios (fig. 4).

Consiste en una fina placa rectangular a la que se adosan varillas cuyos extremos rematan en garfios. Hecho en bronce, pertenece a la placa “macho” incompleta que conserva tan sólo uno de sus ganchos, aunque es posible que su número fuese mayor. En el que se ha conservado se aprecian dos remaches también hechos de bronce, un extremo cuyo grosor decrece y se curva hasta formar un garfio y el otro, que se aplicaría al cinto, que aparece plegado sobre sí mismo. Contabilizamos hasta seis perforaciones en dos series, una cercana a la varilla y otra al lado contrario en el borde de la pieza. Al menos cuatro de ellas podrían haber servido para recibir los remaches y servir como elemento de unión con una placa de ampliación, quizás decorada. El broche, al no contar con sus laterales, muestra características que podrían corresponder a los tipos III y IV de M^e L. Cerdeño (1981: 49-50), así como a los tipos 3 y 4a de F. Chaves (1993: 148-149).

Longitud: 35 mm.; ancho: 42 mm.; grosor placa: 1 mm.; longitud garfio: 65 mm.



Fig.4- Broche de cinturón. Vistas frontal y trasera

Pieza núm. 5. Broche de cinturón de garfios (fig.5).

Como el anterior se trata de la placa “macho”, también incompleta, con pliegues en la chapa y en peor estado de conservación. Conserva un solo garfio y el extremo opuesto de la varilla se encuentra seccionado. En uno de sus laterales la lámina se pliega sobre sí misma hacia el exterior conformando un reborde, que servía de refuerzo. En consideración a esta forma de acabado en sus lados, puede incluirse dentro del grupo 4a de la clasificación establecida por F. Chaves y M^a L. de la Bandera (1993: 148-149) y del tipo IV de M^a L. Cerdeño (1981: 50) para estos broches de cinturón.

Longitud: 44 mm.; ancho: 34 mm.; grosor: 1 mm.; longitud garfio: 60 mm.



Fig.5- Broche de cinturón. Vistas frontal y trasera

Estas piezas aparecen de manera habitual en las necrópolis tartésicas del período Orientalizante, como podemos apreciar en Las Cumbres, La Joya, Cruz del Negro, Acebuchal, Bencarrón, etc. (Cerdeño, 1981: 32-39), con unas fechas que se sitúan entre finales del siglo VIII y fines del VI a. C. El tipo al que pertenecen nuestros ejemplares suele poseer tres garfios y es el más ampliamente registrado en el siglo VI, tanto dentro como fuera del ámbito tartésico (Chaves, de la Bandera, 1993: 153-155).

Pieza núm. 6. Broche de cinturón céltico (fig. 6)

Corresponde a una placa “macho” de un solo garfio con dos amplias escotaduras laterales abiertas en semicírculo, la cual está incompleta y rota en dos fragmentos, faltando el citado garfio. En su eje longitudinal se aprecian dos perforaciones de 6 mm. de diámetro cada una, muy probablemente destinadas a facilitar la inserción del cinturón. En virtud de sus características formales y decorativas podría adscribirse al tipo C.III.1 de la clasificación establecida por M^a L. Cerdeño (1978: 281-282) para estos broches, aunque en nuestro caso se añadieron puntos incisos, propios del grupo C.V. de la citada tipología. Su superficie externa se decora con dos profundas líneas incisas y paralelas que siguen el contorno semicircular de las escotaduras desde el talón hasta el garfio, y a las que se superpone otra línea formada con puntos circulares incisos.

Longitud: 63 mm.; ancho máximo: 37 mm.; grosor: 2 mm.



Fig.6- Broche de cinturón céltico. Vistas frontal y trasera

Menos abundantes que los broches anteriores, no por ello dejamos de conocer piezas semejantes en otros contextos funerarios tartésicos, con una cronología que nos lleva desde los siglos VII a inicios del V a. C., como vemos en La Joya, Acebuchal o Cortijo de las Sombras (Cerdeño, 1978: 290-291).

Pieza núm. 7. Pendiente (fig. 7).

En esta ocasión nos hallamos ante un pendiente de tipo fusiforme bastante grueso en el que se distingue la unión de sus extremos más finos, además de varios facetados, sobre todo en una de sus caras. Este tipo, conocido como *hezem*, gozó de mucha popularidad en el mundo fenicio.

Longitud: 24 mm.; grosor máximo: 9 mm.; grosor mínimo: 4 mm.



Fig.7- Pendiente fusiforme. Vistas superior e inferior

Se trata de un pendiente fusiforme simple cuya forma evidencia un claro origen semita, no siendo extraño que sean elaborados con metales nobles. La cronología que cabe atribuir a este tipo de pendientes es bastante amplia y abarca todo el período Orientalizante e inclusive posterior.

Pieza núm. 8. Fíbula Tipo Alcores (fig. 8).

Fíbula de la que se conserva el puente biromboidal decorado así como el pie, la mortaja, el resorte de doble bucle con dos espiras y el inicio de una tercera que generaría el alfiler curvo. El puente simple laminar, que se une con dos vueltas al resorte, debió formar casi un ángulo recto con respecto a este que permanecía horizontal. Sin embargo, la lámina del puente se nos muestra ahora en una posición totalmente invertida y artificial. El motivo decorativo consiste en dos líneas paralelas incisas longitudinales entre las cuales se advierten series de incisiones en forma de aspa que se entrelazan configurando motivos romboidales. En consideración a sus características formales corresponde al tipo I.1.b de J. J. Storch (1989: 74), quien incluye en su estudio un ejemplar con esta decoración procedente de Peñaflor en Sevilla (Storch, 1989: 76).

Longitud: 73 mm.; ancho arco: 7 mm.; ancho puente: 24 mm.



Fig.8- Fíbula tipo Alcores. Vistas superior e inferior

Pieza núm. 9. Fíbula Tipo Acebuchal (fig. 9).

De la misma se conservan cuatro espiras del resorte más la cuerda que los une, dos a cada lado del alfiler recto que, aunque partido, está completo y posee sección circular hacia la punta, algo más cuadrada junto al resorte. No se conserva el eje sobre

el que se enrollaron las espiras y del puente sólo se insinúa su arranque de sección cuadrangular. La ausencia de dicho puente no nos permite adscribirla a un tipo concreto.

Longitud: 87 mm.; longitud espiral 23 mm.; grosor aguja: 3-4 mm.



Fig.9- Fíbula tipo Acebuchal. Vistas superior e inferior

Estas fíbulas, que toman su nombre de la zona sevillana donde se verificaron los primeros hallazgos en el siglo XIX, se fechan, en el primer caso, entre fines del siglo VII a. C. y finales del VI (Storch, 1989: 79-80), si bien algunos autores elevan su inicio hasta los últimos años del siglo VIII a. C. (Ponte, 1993: 312), mientras que las de tipo Acebuchal se datarían entre el siglo VII y el VI a. C. (Schüle, 1961: 6; Storch, 1989: 89-91; Ponte, 1993: 312), habiéndose propuesto alguna perduración hasta alcanzar el siglo V (Cuadrado, 1963: 29).

Objetos rituales y religiosos.

Pieza núm. 10. Asa de un recipiente ritual con asas de mano (fig. 10).

Asa de bronce de sección cuadrada, de la que se conserva aproximadamente un tercio, correspondiente a uno de los extremos con perfil en "S". Su sección cuadrangular se redondea y decrece en su segmento final, recordando bastante a la

conservada en el portugués Museo de Belem (Prada, 1986: 112). Pertenece a un recipiente ritual con asas de mano, también llamados “braserillos”, cuya tipología, Orientalizante o Ibérica, resulta imposible de determinar.

Longitud: 131 mm.; grosor máximo: 9 mm.; grosor fin ánade: 5 mm.



Fig.10- Asa de recipiente ritual con asas de mano. Vistas superior e inferior

La cronología establecida para estas piezas, con independencia de su pertenencia a uno u otro grupo, oscila entre el siglos VII a. C. y el V-IV a. C. para el área andaluza, lo que no excluye que en la costa noroeste peninsular algún ejemplar pueda llegar a aparecer incluso entre los siglos II-I a. C. (Cuadrado, 1966: 79-81; Prada, 1986: 119).

Pieza núm. 11. Cabeza de cérvido (fig. 11).

Cabeza maciza de cierva de factura esquemática muy estilizada, con las orejas siguiendo el plano de la cabeza y el cuello perpendicular a éste. Presenta un remache de bronce que atraviesa el hueco que ocupa la parte inferior del cuello, en tanto

muestra orejas alargadas puntiagudas y hocico de tendencia cilíndrica y plano en su extremo, insinuándose los ojos mediante un ligero abultamiento.

Altura conservada: 37 mm.; longitud desde hocico a fin orejas: 43 mm.; diámetro cuello: 11 mm.; grosor hocico: 5 mm.



Fig.11- Cabeza de cierva. Vistas laterales, superior e inferior

Como es bien sabido este animal tiene una fuerte carga simbólica en el mundo ideológico tartésico, pues no en vano uno de sus reyes mitológicos, Habis, el héroe civilizador, fue amamantado y criado por una cierva junto con su propia prole, en claro parangón con otros monarcas como Rómulo o Ciro el Grande (Caro, 1986: 172-173). Incluso es muy posible que el ciervo fuese interpretado por los tartesios como un elemento del mundo simbólico indígena relacionado con la fertilidad (Olmos, 1992: 52), dándole a este animal un carácter sagrado que ha sido sugerido también para otros pueblos de la península Ibérica, en particular los lusitanos (García y Bellido, 1957: 129-136).

No en vano encontramos en las tumbas tartesias restos óseos de estos animales, como sucede con una mandíbula inferior de un cérvido orientada hacia el difunto en Vega de Santa Lucía, la cual se discute si pertenece a una fecha precolonial (Torres, 1999: 95), los de ya segura etapa Orientalizante como vemos en los restos de ciervos jóvenes provenientes del túmulo D de Setefilla, fechado en el siglo VII a. C. (Bonsor, Thouvenot, 1928: 17; Torres, 1999: 90), o la vértebra de cérvido de una fosa de inhumación de Acebuchal de los siglos VII-VI a. C. (Sánchez, 1994: 143).

Dada esta fuerte carga simbólica no debe extrañarnos que también hallemos sus representaciones decorando algunos de los objetos que conforman el servicio ritual metálico o en pequeños bronceos como el de Coruche (García y Bellido, 1958: 153-154). Así, podemos verlos en las bocas de algunos jarros de bronce de los siglos VII-VI a. C., como sucede con los hallados en Zarza de Alange -Badajoz- y La Joya (Garrido, Orta, 1978: 171-173), en tanto son varios los quemaperfumes que muestran figuritas de cérvidos como remates ornamentales en sus cazoletas, según acontece con los descubiertos en La Codosera, Lagartera en Cáceres o Cástulo, sin olvidar el ciervo de la colección Calzadilla, piezas que se fechan en el siglo VII a. C. (García y Bellido, 1957: 124-125; Blanco, 1963: 59-60; Jiménez, 2005: 1106-1107). Incluso es posible mencionar un *kernos* cerámico de Mérida decorado con un ciervo, cuya temática incide en el carácter mágico-religioso dado en la antigüedad hispana a este animal (García y Bellido, 1957: 124).

No resulta fácil intentar establecer a qué clase de objeto pudo pertenecer esta cabecita. En una primera instancia podíamos sentirnos tentados a considerar que pudo formar parte de la tapadera de un quemaperfume metálico, al igual que hemos visto en los ejemplares que acabamos de mencionar. Ahora bien, el hecho de que la cabeza de ciervo del Museo de Villamartín muestre un remache en la base del cuello nos lleva a descartar esta posibilidad, ya que las figuras zoomorfas que decoran estos quemaperfumes están hechas de una pieza (García y Bellido, 1957: 124-125). Por ello parece conveniente considerar como hipótesis más probable que se trate de una pequeña escultura exenta, paralelizable a la cierva del Museo Británico y a la conservada en una colección particular madrileña, máxime cuando ambas han sido fabricadas en tres partes, una de ellas el cuello, las cuales presentan una serie de remaches internos destinados a unirlos (García y Bellido, 1957: 125; Olmos, 1992: 53).

Pieza número 12. Base de un posible quemaperfumes (fig. 12).

Base cónica de perfil curvo, pie liso ligeramente convexo y vástago cilíndrico que se ha decorado con dos molduras paralelas y una más pequeña, el cual se interrumpe en el corte del extremo conservado de la pieza. Se encuentra perforada longitudinalmente, con la posible finalidad de ensamble con otro elemento que formara también parte de la misma.

Altura: 17 mm.; diámetro base: 19 mm.; diámetro perforación: 4 mm.



Fig.12-Base de un posible quemaperfumes

Hemos de confesar que, dada la fractura que muestra la pieza, no resulta fácil entrever el tipo de objeto al que pudo pertenecer. Así, a priori, cabría considerar que podríamos hallarnos tanto ante parte de un soporte como de un elemento betílico o un quemaperfumes. Ciertamente conocemos soportes metálicos simétricos con la misma forma de carrete que vemos en los realizados en cerámica (Gasull, 1982: 81-82), como serían los documentados en el túmulo H de Setefilla (Aubet, 1981-82: 269) y la sepultura núm. 17 de La Joya (Garrido, Orta, 1978: 102 y 182). Sin embargo, el hecho de que estos soportes muestren en todos los casos un interior hueco nos induce a pensar que no es éste el tipo que mejor se adapta de los que acabamos de mencionar. La segunda opción vendría avalada por la decoración del vástago, la cual nos recuerda a la que muestran los llamados “candelabros” de Lebrija (Almagro, 1960: 15-17), piezas áureas a las que hemos de sumar otro ejemplar de procedencia desconocida conservado en el Museo Arqueológico Nacional, y que recientes investigaciones consideran que se trata de representaciones de betilos que simbolizarían la imagen anicónica de una divinidad (Perea, 2000b: 22-23; Perea et alii, 2003: 112-114). Por el contrario, el hecho de que estas piezas sean huecas hace que sus características sean bien distintas, de manera que nos inclinamos por la tercera posibilidad comentada, es decir, que se trate de la base de un quemaperfumes o incensario. Para ello nos basamos en la similitud de su base, muy similar al fragmento proveniente de El Carambolo (Izquierdo, Escacena, 1998: 29-33), así como para otro completo localizado en la tumba 19 de la necrópolis alicantina de Les Casetes (García Gandía, 2004: 550 y 572), y particularmente para el hallado en el Cerro del Peñón (Niemeyer, 1970: 97-98; Jiménez, 2005: 1101-1105), ya que, aun cuando el fuste es completamente distinto, la posible existencia de un ensamblaje con otro elemento hablaría a favor de esta hipótesis.

Por desgracia su rotura nos impide cualquier apreciación más exacta a la hora de determinar de qué objeto se trata. Aún así, y una vez descartado su carácter de soporte, lo pequeño de su tamaño nos induce a pensar que, más que tener una utilidad que podríamos considerar como funcional en sí misma, ésta debió tener una finalidad ritual, lo que no desentonaría con su posible carácter de quemaperfumes, tal vez la más probable, o elemento betílico.

Resulta en verdad complejo establecer una datación para esta pieza, si bien pensamos que, dados los ejemplares comentados anteriormente, una cronología que oscile en torno a los siglos VII-VI no sería desacertada.

ESTUDIO DE CONJUNTO.

Una vez examinados los diversos objetos conservados nos detendremos en contemplar la información que éstos pueden facilitarnos. En primer lugar cabe apuntar que no se trata de objetos carentes de valor desde el punto de vista de las personas que fueron enterradas con estos materiales, pues baste recordar el alto valor aristocrático que dentro del mundo ideológico tartésico cabe conceder a los objetos elaborados en bronce (Olmos, 1992: 54). Incluso alguno de estos objetos, como el recipiente ritual con asas de mano, suele formar parte de los recipientes metálicos que aparecen en las tumbas denominadas principescas conformando un servicio ritual aristocrático, junto con los jarros bronceos y los quemaperfumes (Ruiz, 1989: 271-272; Martín, 1996: 23-25).

La presencia de parte de una posible escultura de cierva nos remite a un probable elemento de culto vinculado con la fertilidad, culto que estaría relacionado con la presencia de elementos aristocráticos en la comunidad relacionada con esta necrópolis, y que por el momento nos es desconocida. En este sentido no debemos olvidar la aparición, en lo que se ha considerado como un posible santuario en Carmona, de varias cucharas de marfil talladas como si fueran los cuartos traseros y delanteros de un cérvido (Belén et alii, 1997: 173-180).

En cuanto al armamento documentado, podemos decir que se advierte la existencia de dos tradiciones bien distintas, una atlántica como sugieren las puntas de lanza, y otra netamente oriental, según cabe señalar para la punta de flecha. Respecto a esta última podemos remarcar, además, que se trataría del primer ejemplo de aparición de puntas de este tipo en un contexto funerario.

Una cuestión que no queremos dejar de comentar en relación con estas armas, en concreto con las puntas de lanza, es la gran homogeneidad que muestran no sólo en su diseño, sino también en sus medidas, lo que nos hace interrogarnos sobre si ambas piezas pudieron haber sido elaboradas en un mismo centro metalúrgico. Este hecho nos lleva a preguntarnos también acerca del lugar o lugares donde pudieron

haber sido fabricados estos bronce, cuestión para la que no contamos con análisis metalográficos que nos permitan un mejor acercamiento.

Ciertamente el espinoso tema de la ubicación de los talleres en los que se elaboraron los diversos bronce de época Orientalizante hallados en la península Ibérica está lejos de considerarse zanjado, a pesar de las múltiples aportaciones realizadas al respecto. Algunos autores han sugerido que el taller que fabricó los recipientes con asas de mano debió situarse en la antigua Gadir (Aubet, 1986: 126), si bien no cabe descartar que estas piezas pudieran relacionarse con algún taller indígena, como sucede también con la punta de flecha, la cual a pesar de mostrar un tipo claramente oriundo del otro extremo del Mediterráneo, pudo muy bien haber sido fabricada en la península (Ferrer, 1994: 38-39). En este sentido se ha sugerido la presencia de uno de estos focos en algún punto del suroeste de Cádiz, así como otro en el Bajo Guadalquivir, el cual se ha planteado pudo haber estado localizado en la ciudad de Carmona, sin olvidar otro más en tierras extremeñas (Perea, 2000a: 148).

Un aspecto que nos llama la atención es la ausencia de señales que nos indiquen que estas piezas estuvieron en contacto con una fuente de calor, como puede ser una pira funeraria. Decimos esto porque en otros casos el material que conforma el ajuar fúnebre muestra claros indicios de haber estado expuesto al fuego, como sucede, por citar tan sólo algunos ejemplos, en Cruz del Negro, Alcácer do Sal o La Joya (Jiménez, 2002: 72). Así pues, en una primera instancia cabría plantearse si estos objetos no procederían de enterramientos de inhumación en el caso de que provengan de distintas sepulturas. Sin embargo hemos de tener presente que en la misma necrópolis de La Joya encontramos incineraciones en las que el ajuar no había sido quemado (Jiménez, 2002: 127). Esta aparente contradicción se explica si tenemos en cuenta la existencia de incineraciones primarias, como Las Cumbres, y secundarias, caso de Cañada de Ruiz Sánchez (Belén, 2001: 56-58), de manera que si se optó por el primer caso encontraríamos sus huellas en el ajuar funerario, pero no si el cadáver fue incinerado en un lugar distinto al que finalmente acogió sus restos óseos.

El hecho de que algunos de estos objetos, en concreto las dos puntas de lanza, presenten señales evidentes de haber estado dobladas en el momento de su hallazgo nos presenta un problema que se ve agravado por la falta de una datación precisa de las mismas. Decimos esto porque podría hablarse de una inutilización similar a la que

vemos en el Bronce Final, como evidencia el depósito de fundidor de Baioes en Portugal, donde la punta de lanza con nervio central aparece doblada (Ruiz-Gálvez, 1993: 50-52), sin olvidar que, al mismo tiempo, también en el ámbito ibérico constatamos la existencia de inutilizaciones rituales en puntas de lanza (Blanco, 1963: 45; García, 1994: 297). Ciertamente es ésta una circunstancia que hasta el presente resulta poco conocida en el ámbito funerario tartésico, salvo para fechas más bien tardías como sería el siglo VI a. C. según pone de manifiesto la punta de lanza doblada hallada en una tumba de Cástulo (Blanco, 1963: 43).

Finalmente nos resta situar temporalmente estos hallazgos y, por extensión, la necrópolis de la que proceden, cuestión que, como ya dijimos al principio de este trabajo, se ve dificultada por la falta de un contexto arqueológico con el que vincularlas. Aun así, y a tenor de las fechas aportadas por otros yacimientos que han proporcionado ejemplares similares a los que aquí publicamos, cabría situarlas entre los siglos VIII a VI a. C., tal vez mejor quizás en las postrimerías del período Orientalizante, hacia el siglo VI a. C., como parecen apuntar algunos elementos, sin que tampoco quepa descartar alguna perduración posterior, tal vez en las primeras décadas del siglo V a. C.

CONCLUSIONES.

Nos hallamos ante una serie de objetos de bronce tartésicos de época Orientalizante que muy presumiblemente formarían parte de una necrópolis situada en el término municipal de Villamartín, y cuya cronología podríamos situar en una fase avanzada de dicho período, centrada posiblemente hacia el siglo VI a. C., sin que quepa negar la existencia de ciertos márgenes temporales que la extiendan hasta fines del siglo VII o inicios del V a. C.

Ello otorga un singular interés a estas piezas por cuanto hasta el momento apenas se tienen noticias de este tipo de hallazgos en la zona que nos ocupa. En efecto, los enterramientos conocidos se sitúan bien en la fachada atlántica gaditana o más al norte, ya en plena provincia sevillana, de manera que solamente cabe mencionar algunos materiales provenientes de una tumba de incineración en urna Cruz del Negro de El Duende (Ronda), la cual debe vincularse con una pequeña aldea rural (García, 2007: 271).

Con ellos es factible diferenciar en primer lugar lo que podemos considerar como bienes personales del difunto (broches de cinturón, fíbulas y pendiente), de las ofrendas que conformaban el ajuar funerario. Pero incluso dentro de este último grupo cabe distinguir también entre artefactos bélicos (puntas de lanza y flecha) y aquellos otros que tendrían una mayor connotación ritual, caso del recipiente con asas de mano, así como lo que nosotros pensamos pudo ser una escultura exenta de una cierva, que quizás podríamos relacionar con algún tipo de culto religioso y que vendría a incrementar el escaso número de representaciones conocidas de este tipo de esculturas bronceas, todo ello sin olvidar el posible quemaperfumes.

Ignoramos si estos bronceos forman parte de distintos ajuares o proceden en su mayor parte de una misma sepultura, siendo quizás esto último lo más probable ya que la mayor parte de ellos no son excluyentes sino que suelen aparecer formando parte de un mismo conjunto funerario. De lo que no cabe duda es que algunos elementos, como sucede con el recipiente con asas de mano, el quemaperfumes o la escultura zoomorfa, podrían apuntar a la existencia de un enterramiento perteneciente a una persona de elevado estatus social.

jamartinruiz@hotmail.com

carretero1964@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA.

- ALMAGRO BASCH, M., (1960): *Los thymiateria llamados candelabros de Lebrija*, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid.
- AUBET SEMMLER, M^a E., (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Universidad de Barcelona, Barcelona, vol.II.
- (1981-82): “Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (y III): Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla”, *Pyrenae*, 17-18: 231-279.
- (1986): “Contactos culturales entre el Bajo Guadalquivir y el Noroeste de África durante los siglos VII y VI a. C.”, en *Atti del Congresso Internazionale di Amalfi*, Napoli: 109-144.
- BELÉN DEAMOS, M., (2001): “La cremación en las necrópolis tartésicas”, en *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 37-78.
- BELÉN, M. ; ANGLADA, R.; ESCACENA, J. L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I., (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- BLANCO FREIJEIRO, A., (1963): “Ajuar de una sepultura de Cástulo”, *Archivo Español de Arqueología*, XXXVI: 40-69.
- BONSOR, G.; THOUVENOT, R., (1928): *Nécropole ibérique de Setefilla Lora del Río (Sevilla). Fouilles de 1926-1927*, ed. De Boccard, Paris.
- CARO BAROJA, J., (1986): *España Antigua. Conocimientos y fantasías*, ed. Istmo, Madrid.
- CERDEÑO SERRANO, M^a L., (1978): “Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico”, *Trabajos de Prehistoria*, 35: 279-306.
- (1981): “Los broches de cinturón tartésicos”, *Huelva Arqueológica*, V, Huelva: 31-56.
- CUADRADO DÍAZ, E., (1963): *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*, Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, VII, Madrid.
- (1966): “Repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, XXI: 52-84.

- CHAVES TRISTÁN, F.; BANDERA ROMERO, M^a L. DE LA, (1993): “Los broches de cinturón llamados tartesios. Nuevas aportaciones”, en *Homenaje a José M^a Blázquez*, ed. Clásicas, Madrid, vol.II: 139-165.
- FERRER ALBELDA, E., (1994): “Algunas cuestiones sobre cronología y dispersión de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 5: 33-60.
- GARCÍA ALFONSO, E., (2007): *En la orilla de Tartessos. Indígenas y fenicios en las tierras malagueñas, siglos XI-VI a. C.*, Fundación Málaga, Málaga.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1957): “El jarro ritual lusitano de la colección Calzadilla”, *Archivo Español de Arqueología*, 30: 121-138.
- (1958): “De nuevo sobre el jarro ritual lusitano”, *Archivo Español de Arqueología*, 31: 153-164.
- GARCÍA-GELABERT, M^a P.; BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M^a, (1994): “El armamento de las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía”, en *Cástulo, ciudad iberorromana*, Madrid: 327-344.
- GARCÍA GANDÍA, J. R., (2004): “La necrópolis orientalizante de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)”, en *El mundo funerario. Actas del III Seminario Internacional sobre temas fenicios*, Alicante: 539-576.
- GARCÍA RAYA, J., (1999): “Aportaciones coloniales a las creencias funerarias ibéricas”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 12: 291-307.
- GARRIDO ROIZ, J. P.; ORTA GARCÍA, E. M^a, (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva, II (3^a, 4^a y 5^a campaña)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid.
- GASULL, P., (1982): “Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación”, *Madrid Mitteilungen*, 23: 62-95.
- IZQUIERDO, R.; ESCACENA, J. L., (1998): “Sobre El Carambolo: la trompeta de Argantonio”, *Archivo Español de Arqueología*, 71: 27-36.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., (2005): “De los bronce tartésicos a la toréutica Orientalizante. La bronzística del Hierro Antiguo en el mediodía peninsular”, en *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria de la Península Ibérica*, Mérida, vol.II: 1089-1116.

- JIMÉNEZ FLORES, A. M^a, (2002): *Pueblos y tumbas. El impacto oriental en los rituales funerarios del extremo Occidente*, ed. Gráficas Sol, Écija.
- KAISER, J. M^a, (2003): “Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología”, *Complutum*, 14: 73-106.
- MARTÍN RUIZ, J. A., (1996): *Las sepulturas principescas del período Orientalizante tartésico*, Universidad de Málaga, Málaga.
- NIEMEYER, H. G., (1970): “Zum Thymiaterion vom Cerro del Peón”, *Madridrer Mitteilungen*, 11: 96-101.
- OLMOS ROMERA, R., (1992): “Broncística fenicia y orientalizante en el sur peninsular e Ibiza. Una aproximación iconográfica y simbólica”, en *Producciones artesanales fenicio-púnicas*, VI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica, Ibiza: 41-64.
- PEREA CAVEDA, A., (2000a): “Joyas y bronce”, en *Argantonio. Rey de Tartessos*, Fundación El Monte, Sevilla: 147-156.
- (2000b), “Los candelabros de Lebrija revisados por el Proyecto Au Ag”, *Revista de Arqueología*, 229: 16-23.
- PEREA, A.; AMSBRUSTER, B.; DEMORTIER, G.; MONTERO, I., (2003): “Tecnología atlántica para dioses mediterráneos. Los candelabros de oro tipo Lebrija”, *Trabajos de Prehistoria*, 60, 1: 99-114.
- PONTE, S. DA, (1993): “Reflexão sobre os tipos Alcores, Bencarron e Acebuchal –a estrutura, a técnica e a cultura-“, en *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, vol.I: 309-315.
- PRADA JUNQUERA, M., (1986): “Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 43: 99-142.
- QUESADA SANZ, F., (1993): “Soliferra de la Edad del Hierro en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 50: 159-183.
- RUIZ DELGADO, M. M., (1989): “Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías”, en *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, ed. AUSA, Barcelona: 247-286.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1993): “El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce”, *Complutum*, 4: 41-68.

- (1995), “Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental”, en *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Universidad Complutense, Madrid: 79-83.
- SÁNCHEZ ANDREU, M., (1994): *Las necrópolis tumulares de Los Alcores (Sevilla)*, Universidad de Cádiz, Cádiz.
- SCHÜLE, W., (1961): “Las más antiguas fíbulas con pie alto y ballesta”, *Trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre*, II: 3-39.
- STORCH DE GRACIA Y ASENSIO, J. J., (1989): “Las fíbulas tartésicas”, en *Homenaje al prof. Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid: 69-105.
- TORRE ORTIZ, M., (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*, Real Academia de la Historia, Madrid.